

## La escatología musulmana en los capiteles románicos

Todos cuantos hemos visto un poco el arte románico hemos quedado maravillados de la variedad, infinita casi, de los temas expuestos en sus capiteles. Todos, en mayor o menor escala, hemos intentado comprenderlos; y nadie puede jactarse con verdad de no haber tenido estupendos fracasos; tales son sus dificultades iconográficas.

Como es lógico no pretendo ahora ni siquiera exponer las abundantísimas series de hojas, tallos enlazados, cestas e infinitos lazos moriscos o nórdicos; menos aún las de tipo religioso, inspiradas en ambos Testamentos, en vidas de santos o en sus relatos legendarios; todavía menos las de temas populares, juglarescos, de oficios y faenas diversas; o las de músicos, meses del año, mitológicas y caballerescas, tan unidas las últimas en ocasiones a recuerdos clásicos, islámicos o nórdicos.

La serie que nos interesa es aquella de monstruos, animales raros y figuras humanas enteramente revueltos entre sí con maravillosa fantasía; serie que se resiste a toda interpretación lógica, tan pronto intentamos dar un sentido preciso a cada uno de los animales o figuras; lo que nos explica las opuestas conclusiones a las cuales llegaron investigadores de valía: desde aquellos que les niegan todo significado, convencidos de que son meros caprichos, hasta los colocados en el opuesto extremo, que hallaron materia explicable y simbolismo seguro a todo, incluso a un mero revoltijo de tallos o una simple cuadrícula.

Y precisamente dentro de tal serie deseo que discurramos, intentando precisar uno de los grupos, claramente diabólico, de castigos y penas de ultratumba, reconocidos ya de viejo (de «diablerías» les llamó Gómez Moreno) pero tratando de hallar el significado de cada escena, no el simbólico de animales o figuras humanas; camino este de simbolismos extraordinariamente peligroso, porque es mudable y vario, tan pronto echemos mano de los apólogos y sermonarios medievales, compuestos para la ocasión y no en modo permanente y estable: los escritos de Rabano Mauro, Honorio de Autún y Durán de Mende, por ejemplo. Aun las mucho más serenas las «Etimologías» de S. Isidro confundirán casi tanto como los escritos famosos del abad Guillermo de Nogent (*Liber quo ordine sermo fieri debet*), que maneja más de sesenta géneros de animales, siempre con sentido simbólico y jamás en forma fija y determinada. Limitémonos, como ejemplos suficientes de tal simbolismo cambiante y ocasional a dos animales frecuentísimos en todos los bestiarios<sup>1</sup>:

<sup>1</sup> J. TH. VELTER: *L'Exemplum dans la littérature religieuse et didactique du moyen-âge*. 1927, pág. 41.

El león.—Según la interpretación simbólica de las visiones apocalípticas de S. Juan, será S. Marcos, con mosaicos al menos desde el siglo V en el llamado Mausoleo de Gala Placidia. Si aceptamos la conseja de Plinio, acerca de su respeto por los hombres prosternados a sus pies, reiterada por Ovidio, mucho después por S. Isidoro y todavía vigente por los años románicos, debe representar a Jesús, León de Judá, como vemos en el tímpano de Jaca, del siglo XI; Rábano Mauro acota sus instintos rapaces y crueles, simbolizando el mal, como en los marfiles musulmanes; para Guillermo de Nogent es el anticristo; la crueldad en los escritos de Hugo de S. Víctor; para otros, incluidos nuestros románicos, el demonio y sus guardianes de las almas atormentadas.

El águila.—El mismo Hugo de S. Víctor la muestra cual imagen del orgullo; S. Anselmo y S. Isidoro ven a Jesús en ella, cayendo de lo más alto de los cielos para cazar un ser y llevarlo arriba; en otro lugar S. Isidoro y S. Epifanio con él, piensan en la resurrección; sus instintos rapaces y crueles nos llevan otra vez a Luzbel y sus demonios. Por otra parte su interpretación de S. Juan, en el tetramorfos, por sabida casi ni merece mención.

Y si huímos de animales tan sencillos de significado en apariencia y nos adentramos por la selva inextricable de sátiros, faunos, arpías, centauros, hidras, sirenas, dragones, unicornios, grifos, serpientes y escorpiones, todos ellos conocidos de los simbolistas en sus repertorios, alcanzaremos delirios próximos a la locura.

Por este camino será difícilísimo definir significados convincentes, salvo algún caso concreto, raro siempre, de tallas a las cuales podamos adaptar con certeza uno de estos modelos literarios; lo que sucede, por mencionar algún ejemplo, pues también los hay, con las diversas series de Gog y Magog, escriturísticas de origen y coránicas en su forma personal de instrumentos de la ira de Dios, a quienes mirarán los infieles « consternados cuando descendan de las montañas en la hora inevitable »<sup>2</sup>. Son indudables en los capiteles de la portada de Artajona, por citar un monumento navarro; ellos nos encauzan por la vía de los «hadices» o tradiciones musulmanas, y sus animales representativos de ideas, en general anteriores al Islam y transportadas de Ovidio, Virgilio, Lucano, Plauto y demás autores clásicos; cuando no de retazos verdaderos o apócrifos de los Santos Padres, entre los cuales para nuestro análisis destaca S. Isidoro: incluye treinta y tantas especies de reptiles, dudosos por sus cualidades, malignas y traidoras al par que prudentes y cautas, resueltas en este final; «Tantos venenos como géneros; tantas desgracias como especies;

<sup>2</sup> R. P. PINEOD: *Ensayo sobre el simbolismo religioso en las construcciones de la Edad Media*. Burgos, 1924.

Como apoyo en la dificultad en la interpretación de tales temas diabólicos, es interesante la cita de un libro que tuvo gran resonancia y hoy está un poco fuera de uso. Se trata del "Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XI<sup>e</sup> au XII<sup>e</sup> siècle", de E. Viollet-le-Duc (vol. V, sin fecha, pág. 29). Según él no existen representaciones diabólicas, en los primeros monumentos de la Edad Media, "et nous ne saurions dire à quelle époque précise les sculpteurs ou peintres ont commencé à figurer la démon dans les bas-reliefs ou peintures. Les manuscrits grecs des VII<sup>e</sup> et VIII<sup>e</sup> siècles qui représentent des résurrections font voir les morts ressuscitant; mais les peintres n'ont figuré que les esprits célestes, le diable est absent de la scene". Si hubiese conocido los manuscritos mozárabes los hubiese visto en abundancia, y creo que son los únicos prerrománicos que los insertan.

tantos dolores como colores», dando así el carácter fundamental de tan repugnantes animaluchos, que pululan por los hadices» escatológicos, o de la vida de ultratumba. En ellos debemos llamar la atención acerca de su sentido plástico, de forma concreta, fácilmente traducibles a la pintura y escultura; completamente al contrario de cuanto sucede con lo consignado en los libros cristianos, pues ni el Nuevo Testamento, ni los Santos Padres afirman nada más allá del juicio personal, después de la muerte, y del universal, al fin del mundo; con la única secuencia segura, bien determinada, de los premios o castigos, temporales o eternos; todo ello muy claro y puntual, pero en forma escueta y abstracta, imposible de inspirar creaciones plásticas.

Por contra los musulmanes, aplicando a la idea cristiana su imaginación oriental, crean y detallan pormenores concretos para todo, hasta límites inconcebibles; así Samarcandí, volviendo a las serpientes, las utiliza para todo en imágenes realistas y sensibles: comen las manos de los avaros, muerden a quienes omitieron la oración, atacan a los borrachos, devoran a los adúlteros, destrozan los pechos de las malas madres...

Lo mismo los demás autores; quedaron relegadas las ideas abstractas y triunfan las definidas.

La prioridad de todos estos «hadices», leyendas o tradiciones, respecto de nuestros capiteles no admite disputa. Ahora bien: ¿Es posible y probable la influencia directa? Por el contrario: ¿Se hallan tan lejos en fecha o distancia que resulte difícil admitirla?

No es necesario discutirlo mucho: Islam y Cristianismo conviven dentro de nuestra patria sin fronteras cerradas ni en un sentido ni en el otro; y así no asombra que, aun ciñéndonos a Navarra, S. Eulogio de Córdoba, en el siglo IX, hallara en Leyre una vida de Mahoma, por cierto bastante sui géneris, pero allí estaba; ni que la primera traducción latina conocida del Alcorán se realizara en Pamplona y por canónigos de su catedral, ya en el siglo XII. Menos extraña que por León los mozárabes de Córdoba, llevados por Alfonso III para repoblar la desierta zona recién conquistada, uniesen a la cultura cristiana, de tan preciados frutos en Asturias, los creados por la fantasía islámica, y los juntasen más íntimamente que por parte alguna. Fue dato revelador el expuesto por el profesor Casciaro en una reunión de «Estudios Leoneses» (1963) sobre las apostillas en árabe de la Biblia mozárabe de S. Isidoro: eran todas aclaraciones al texto latino confuso y había de recurrir al árabe para explicarlo; curiosa mezcla cristiano-musulmana seguida por Pedro Alfonso («Disciplina Clericalista», hacia 1100) y Raimundo Lulio en el siglo XIII y comienzos del XIV.

Por tanto es consecuencia lógica la primera y feliz aparición leonesa de los capiteles románicos de tema escatológico musulmán en las reconstrucciones de S. Isidoro de León por Alfonso V y Fernando I, con Sancha su esposa, tendidos luego y con suma rapidez en ambas direcciones del camino de Santiago hasta Jaca y Compostela, llenando de sus ejemplos todos los templos importantes construidos dentro del siglo XI y con unidad tal, que es una prueba más de su origen.

Uno por uno van definiendo estos capiteles los castigos infernales, los padecidos en el purgatorio, la impasibilidad del limbo, más la salida del alma del purgatorio y su camino complicado hasta la gloria. Debemos notar

en apoyo del influjo y aun copia de los «hadices» que no tuvo carácter dogmático el purgatorio en el Cristianismo hasta el Concilio de Florencia, de 1437, y que no lo tiene el limbo; mientras consta semejante seguridad entre los musulmanes desde un principio.

Los «hadices» que nos interesan se refieren a dos leyendas: a la conocida por el nombre de nocturno viaje, o Isrá, de Mahoma por los infiernos y la de su transporte a los cielos, o Mirach, desde la roca de Jerusalén, relatada por el Alcorán casi con tan escasas palabras como las empleadas por S. Pablo, en su Epístola a los Corintios<sup>3</sup>, para darles cuenta incidentalmente de su arrebató al Paraíso, modelo indudable del rapto de Mahoma.

El escueto relato alcoránico, pronto fundido con el nocturno viaje, tuvo entre los árabes fantástico desarrollo, que jamás intentó nadie con el de S. Pablo. Los hadices más lejanos son, a juicio de Asín y Palacios en su magistral estudio sobre la Escatología musulmana en la Divina Comedia (Madrid 1919). que me vale de guía: Tabarí, en su Tafsir, o Comentarios al Alcorán, al menos del siglo IX; los tratados de Múndir Bensaïd el Bellotí, cadí de Córdoba por los mismos años; Abulalá el Maarí, con su Tratado del Perdón; el Ihía, de Algácel (ambos entre los siglos X-XI), sin tener en cuenta el más completo de todos: el Nocturno Viaje, de Benarabi de Murcia, camino seguro para D. Miguel Asín, pero rechazando aquí por su fecha tardía, entre los siglos XII-XIII; desde luego hay muchos más y alguno, menos utilizado, aparecerá luego<sup>4</sup>.

La imagen de conjunto de las moradas escatológicas es igual para todos, ya traten del nocturno viaje o del rapto a los cielos o de la fusión de ambos: están comprendidas dentro de dos conos opuestos y unidos por su base integrado cada uno por anillos superpuestos en degradación, llamados pisos y moradas. El cono inferior tiene su vértice coincidente con el centro de la Tierra y allí está Iblís, trasunto de Lucifer, encadenado, atenazando a los condenados con sus manos múltiples, atrayéndolos y rechazándolos en masa informe con su poderoso haliento. Siguen los pisos, destinados a pecados diversos, de castigo menos duro cuanto están situados más alto. Encima y aparte se hallan limbo y purgatorio, éste con su camino hacia la Gloria celeste a través de un trasunto del paraíso terrenal, que vale de base al otro como ascendente, que se alza por cima de las más altas montañas, más allá de las nubes, las lluvias, el trueno y los espacios etéreos. En su inaccesible vértice se halla el trono de Dios.

Sugestiva como pocas resulta la serie de anillos en degradación, igual que nuestras portadas románicas. Como representación del cielo la encontramos en el Pórtico de la Gloria, de Compostela, en el del Paraíso, de Orense y en mil más; cual trasunto del infierno en Uncastillo; mas pocos forman conjunto uniforme; valga de muestra Santiago, de Carrión de los Condes (Palencia), con los oficios artesanos a lo largo de su arquivolta, y S. Miguel, de Estella, con su revoltijo de temas variados; cierto que son ya tardías, por ello les falta esa unidad tan importante, que ahora interesa mostrar y que se

<sup>3</sup> *Epistolar de S. Pablo*, XII, 2-4.

<sup>4</sup> Creo inútil repetir las citas al estudio de M. Asín: todas las referentes a textos musulmanes son suyas, mientras otra cosa no se advierta.

va perdiendo en sucesivas copias, hasta quedar confusa; por ello quedan relegadas, y comencemos con nuestros capiteles.

Lamento no tener fotografía del que hay al exterior de la cabecera, en S. Isidoro de León, en el cual vemos a S. Miguel pesando las almas el día del Juicio. Así reitera la repulsa de tantos que hallaron anómala y nada canónica la idea, porque admite intercesiones misericordiosas en este día, en el cual todo está resuelto en lo cristiano, pero no en lo musulmán. Es repetición de la conocida estampa de Anubis y Horus pesando las almas ante Osiris; sin precedentes en Francia, según E. Mâle<sup>5</sup> y frecuente por los «hadices», con repetición en los «Beatos», por ejemplo en el de Silos, terminado el año 1091, y ya con la sustitución de S. Miguel en lugar del S. Gabriel de los «hadices»; el S. Miguel, «príncipe de la celestial milicia» y vencedor del demonio; el S. Miguel encargado de introducir las almas ante Dios, según el ofertorio de la misa de difuntos; «Sed signifer Sanctus Michäel repraesentet eas in lucem sanctam». En sustitución del primitivo leonés, de fotografía poco menos que imposible, por el lugar donde se halla, aporto dos navarros, uno de Artaiz (fig. 2), curiosísimo por lo rudo y popular (siglo XII) y otro aún más reciente y en curiosa actitud hierática (fig. 1) conservado en el pórtico de Larumbe, quizá del siglo XIII, pero continuando la representación con todo su vigor románico dentro de la tradición del culto al Arcángel, tan primitivo y continuado en Navarra.

La (fig. 3) puede representar un hombre caminante por la vida y también su presentación ante Dios para su juicio; en ambos casos es musulmán su origen, porque los cristianos tienen un solo ángel de la guarda, mientras los musulmanes, según Alhasán, copiando a Chabir Benabdala, afirman que todo ser humano tiene dos ángeles desde que nace, cada uno encargado de anotar en su correspondiente libro sus actos buenos y sus hechos reprochables; el hombre los ve a su muerte y se presenta con ellos, como testimonio, ante el juicio final. La duda de si se trata del paso por la vida o del juicio, aparece por la afirmación de los textos Tadsqira, Ihía e Ithaf, que afirman la desnudez de todos los hombres el día del juicio, pero el propio Algácel supone vestidos a los fieles, que creyeron en Mahoma. Por ello este capitel de Loarre (Huesca), unido a una serie indudablemente escatológica, parece más de este ciclo.

La desnudez de los condenados, o su vestido de harapos pestilentes, está confirmada por todos y nos ha de valer para identificar muchas figuras, de otro modo confusas, con la salvedad de que el llamado Maestro de Jaca por antonomasia, raramente clasicista, desnuda las figuras cuando bien le parece, como veremos en alguno.

Buscando los más viejos tenemos el capitel de S. Isidoro, de León (fig. 4) con el castigo de las malas mujeres y malas madres, según Samarcandi, repetido después hasta la saciedad. Este anda por la mitad del siglo XI.

Los avaros tienen muy diversos castigos: el presentado aquí de Compostela (fig. 5), con variantes con el saco al cuello de S. Isidoro y de Iguácel (Huesca), del año 1072, es el usual, que rechaza la redacción primera del Tafsir (leñador cargando más y más leña) y la segunda (nadando sin descanso

<sup>5</sup> MÂLE: *L'Art religieux du XII<sup>e</sup> siècle en France*. Paris, 1902, pág. 420.

de orilla a orilla en un río de sangre); sin duda prefirieron la más gráfica, cosa perfectamente natural.

También se ha hecho normal y ha permanecido hasta nosotros la inmersión parcial o total en Fuego, como el precioso capitel de Jaca de la (fig. 6), repetido casi simultáneamente (fig. 7) en la citada iglesia de Iguácel, que por tener fecha nos precisa la de Jaca, tan cercana geográficamente como del tiempo en que ambas se construyeron.

Otro castigo bien definido en los «hadices», relación segunda del nocturno viaje, autorizado por Bojari y Moslem (siglo IX), es el aplicado en el capitel de la (fig. 8), de la segunda obra de S. Isidoro, de León, tallado hacia 1067, para las mujeres impúdicas «que serán colgadas desnudas de los cabellos»; entre dos feroces guardianes.

El Hálito tremendo de Iblís parece representado en otro capitel de la misma iglesia, unos años anterior (fig. 9), que sería difícilmente inteligible sin las cabezotas que tragan tres figurillas al mismo tiempo; precisamente tres, como consta de los monstruos infernales Chahannam, según unos, Gehena para otros (Tadsqira), recogido también mucho después en la leyenda irlandesa de Tundal (segunda mitad del siglo XII), por cierto con el nombre clásico de Acheronte. Así el haliento de Iblís y los monstruos simbólicos del infierno, se suman y aparecen juntos en el capitel de S. Isidoro, encajado en el «hadiz» de Taus Benquisán (siglo VIII): «Dios ha creado un ángel y le ha creado tantos dedos como es el número de los condenados al fuego; y no es atormentado cada uno de ellos sino con un dedo de aquel ángel...» (fig. 12), repetido en el mismo templo con serpientes, que brotan de la boca monstruosa, híbrido engendro de serpientes y alacranes del mismo Tadsqira (fig. 10). La (fig. 11) es del mismo capitel, para mostrar cómo la figura de derecha azuza las serpientes, y está desnuda, siendo demoniaca por ello, mientras la situada a la derecha las retira del endriago que tiene delante; es decir, que andamos por un lugar en el cual caben mitigaciones de pena, con seres diabólicos encargados del castigo y desnudos, y otros vestidos y con misión opuesta.

Según el «hadiz» atribuido al compañero de Mahoma, Abdala Benomar, los condenados a la cuarta morada infernal (Batih), padecen sumergidos en un río de azufre hirviente, no tienen ojos y sí alas, como en las figuras de la portada y cabecera del mismo S. Isidoro (figs. 13 a 15) en las cuales se ve también la conversión paulatina en animal, según consta por Algácel, que atribuye su testo con toda seriedad a Abdala Benomar y afirma para la cuarta morada infernal auténticas conversiones en animales de los condenados, y para la tercera otros «con cabeza de perro, orejas de cabra, pezuñas de toro y lana de borrego». Tabarí agrega: «cabeza de perro y cuerpo de cerdo», y serán obligados a pacer, como los del capitel de la (fig. 16), de la puerta norte del mismo edificio.

Hasta el presente ha estado todo muy claro; las conversiones en animal comienzan a dificultar las aplicaciones de los textos y más aún las evoluciones de algún caso claro en principio y que luego parece se entretienen complicándolo, posiblemente por influjo de otros «hadices» que desconozco. Así nos ocurre con el claro castigo, de los mentirosos. Según el ciclo segundo del Mirach (id. Alaali), rasgarán sus bocas (fig. 14); si bien otra redacción del ciclo adjudica idéntica pena para quienes pecaron con sus lenguas: «los maldi-

cientes, los falsos testigos, con sus propias uñas de cobre se desgarran el rostro» (fig. 18), supuesta la transformación en animal del otro capitel. Creado el tipo, evoluciona de raro modo (fig. 16), como en el también de S. Isidoro, que a un costado tiene representación exacta del reproducido en la (fig. 17), de la catedral de Jaca, añadiendo en el frente una figura femenina, que ya no rasga las comisuras de los labios, como hacía el de Artaiz sino que mete las manos en la boca del bicharraco; forma nueva, que no hallo en los «hadices» e hizo fortuna, pues la encontramos en otro de Frómista (Palencia), figura 20, en Loarre (Huesca) y con figura exenta en la zona de la girola de Compostela (hacia 1080). Weisbach<sup>6</sup>, que ha estudiado esta figura tanto en España como en Francia, supone se trata de un símbolo diabólico e infernal del mal y del pecado, sobre todo de la lujuria (fig. 21).

De entre todas las conversiones en animal destacan las almas-pájaros; Avicena cuenta de ellas mucho, sobre todo de aquellas que no llegaron a la perfección y se hallan aún enlazadas por las fuertes ligaduras del mundo, que intentan romper para elevarse a lo alto, a las moradas celestes (figs. 22 a 24), de las cuales son buen ejemplo estos capiteles de Jaca y de S. Isidoro. Repiten el tema varias leyendas cristianas primitivas, como la «Visión de S. Pablo» y la de los «Tres monjes de Oriente» (atribuida ésta a S. Macario, por los siglos VI-VII) y lo repiten los «Beatos», pero éstas son aves desesperadas (fig. 25), ya no palomas, picando desesperadas sus propias patas, de Sos del Rey Católico, Leyre y catedral románica de Pamplona, y antes en Iguácel, León, etc. o las sombrías de las cuevas lóbregas, como la lechuza que huye por la ventana del ábside jaqués (fig. 26), o las de Artaiz, en Navarra (fig. 27) que atacan a dos iracundos en lucha continua, junto a un temible león guardián. La lucha es tema frecuente por los capiteles, siempre con sentido diabólico, precisado aquí por los pajarracos y el guardián, y en otro de León por un diablo al costado; en S. Quirce (Burgos) se halla en un relieve con la palabra «lucha», escrita encima. Parecen todos referirse a los iracundos, con menos violencia castigados que los asesinos, acuchillados y resucitados sin fin ni término (redacción B del ciclo segundo); aquí el castigo es la lucha interminable.

Las posturas de los condenados llenan otro mundo de capiteles. En los «hadices» atribuidos a Abenabas figura esta serie: «unos son castigados de pie; otros acostados; aquéllos echados con la boca hacia lo alto; otros de bruces (fig. 28); muchos colgados cabeza abajo...». Creo son dos buenas

<sup>6</sup> W. WEISBACH: *Reforma religiosa y arte medieval* (Trad. de H. Schlunk y L. Vázquez de Parga). Madrid, 1949, págs. 122-23.

La mala mujer sobre la bestia (cap. XVII del Apocalipsis) es normal en los "Beatos".

Aun suponiendo que fuese un hombre sobre un león, es discutible la representación de Sansón. En Sainte-Foy de Conques ( lám. 19 de la publicación del mismo título, en la serie "Zodiaque-Les points cardinaux", 1965) existe un repujado en plata dorada con el personaje barbudo y de largas guedejas, montado en un león, al cual desquijara, que lleva la inscripción siguiente: SIC NOSTER DAVID S(a)TANAM SUPERAVIT. David "era para su padre un pastor y cuando un león o un oso venía para robar un cordero del rebaño, le perseguía y golpeaba, arrancando la presa de sus fauces" (Is. 17, 34). Quizá sea ésta, cierta y segura en este caso, la interpretación de la figura masculina, sobre todo en los tímpanos gallegos, donde aparece con relativa frecuencia, mejor que la de Sansón, pues aquella otra con David es clara imagen de Jesús.

muestras dos capiteles de S. Isidoro, el uno de su segunda fase (hacia 1067) y el otro (fig. 29) de la última, ya del siglo XII. Pero quizá todavía es más gráfica la de otro capitel del mismo templo (fig. 30), referente a un texto usual en los libros ascéticos islámicos (Tadsqira): «Cogerán los demonios al condenado por los cabellos, por detrás de la espalda, y le romperán las costillas por mitad, plegándolos en arco, con los pies unidos a la cabeza». Como el capitel se ha interpretado por una escena de titiriteros, es forzoso deenerse un poco en ella. Por una parte no existe en S. Isidoro un solo capitel (fuera de los de hojas, puramente decorativos) que no sea escatológico; mezclar entre todos uno de tan opuesto carácter, no parece lógico. El argumento se refuerza cuando nos fijamos en que la figura que los dobla está *desnuda* y atada por el cuello, como también están *desnudas* por entero las dos figuras dobladas: todo esto aleja la idea de un festejo; y los individuos con guitarras a los costados del capitel, pueden y deben ser los borrachos, que según Alaalí llevan colgadas al cuello las alcuizas de vino y en la mano la guitarra, con lo cual el capitel queda completo, con dos géneros de suplicios, cosa frecuente.

Vamos a terminar las posturas con una muy típica y repetida: Abudólaf Elichli (por los años de Abderrahmán II, siglo IX) cuenta cómo se le apareció su padre en sueños: « desnudo, en cueros, acuclillado y con la cabeza sobre las rodillas...» estaba en el purgatorio y, levantando la cabeza, pedía oraciones con lamentos temerosos. Aparece muy pronto por S. Isidoro (fig. 31) por la obra de Alfonso V o poco posterior, y va evolucionando por Jaca (fig. 32), hacia 1070, para convertirse, utilizada por el Maestro Esteban de Compostela, en mujeres semidesnudas (fig. 33), mesándose los cabellos, de Sos del Rey Católico (hacia 1095), o en las del deshecho claustro de Jaca (figs. 33 y 34); con garras en vez de pies y referencia mejor que al infierno al purgatorio, como toda la serie jaquesa, por la deliciosa figurica de niño, en modo alguno infernal.

Antes de abandonar las mansiones demoniacas, veamos unos ejemplos muy tardíos de Navarra, que nos dicen hasta cual punto arraigó en el alma de los decoradores románicos el espíritu de los «hadices» de ultratumba. Uno (fig. 35) de Larumbe, del siglo XIII, sigue la serie de serpientes y aves picando sus propias patas. En el pórtico de la misma iglesia otro (fig. 36) da una representación del alma presentada a juicio muy completa y ajustada, sin más variante respecto de la clásica musulmana que la desaparición de un ángel y de su libro, quedando uno sólo, pero con libro. Al otro lado hay una figura temible; lleva una gran llave y a su lado se ve una puerta, con el ojo suficiente para llave tan disforme. Pues bien, la redacción B del ciclo segundo, tan reiterado, con autoridad de Bojarí y de Moslem, por el siglo IX, y que Asín cree forjado por un tradicionalista egipcio del mismo siglo, Yshac hijo de Wáhab, describe por extenso «al ángel de feísimo rostro, de mirada colérica y violenta, de aspecto terrible, todo él incandescente, como hecho de fuego», guardián de la puerta del infierno; tremenda puerta; tan sólo abierta una pequeña rendija para que Mahoma pudiera entrever los pisos del infierno: «Una ardiente y caliginosa ráfaga de humo y fuego voraz escápase por la abertura, es el primer signo que denuncia al Profeta los terribles suplicios de que va a ser testigo»; horrenda puerta, inspiradora de tantas representaciones





Fig. 1. S. Miguel pesando las almas. Capitel del pórtico, en la iglesia de Larumbe (Navarra).





Figs. 2. Capitel de Artaiç (Navarra) con el mismo tema del anterior Foto Arch. J. E. Uranga  
Hombre ante Dios para su juicio, acompañado de los dos ángeles, con los libros de  
sus obras buenas y malas (Alhasán) en la portada de Loarre (Huesca).  
4. Castigo de las malas madres (Samarcandi).





Figs. 5. Castigo de los avaros, Santiago de Compostela.  
6 y 7. Inmersión de las almas en fuego, catedral de Jaca y Sta. María de Iguávil (Huesca).  
8. Las mujeres impúdicas «serán colgadas desnudas de los cabellos» (Bojari y Moslem).  
S. Isidoro, de León,





Figs. 9. Hálito de Iblis y monstruos infernales tragando tres hombres de una vez (Tadesquira).

10 y 11. Serpientes que brotan de una boca monstruosa y figura desnuda, que azuza, y otra vestida, que contiene las víboras.

12. «Dios ha creado un ángel y le ha formado tantos dedos como es el número de los condenados al fuego» (Taus Benquisán). Los tres capiteles de S. Isidoro, de León.







Figs. 13 a 15. Condenados en la cuarta morada infernal, ciegos y con alas (Abdala Benomar).  
 16. Almas transformadas en animales, obligadas a pacer (Tabari).  
 17. Castigo de los mentirosos, rasgando sus bocas (Alaali) y convertidos en animales.  
 S. Isidoro, de León; es último de la catedral de Jaca (Huesca).



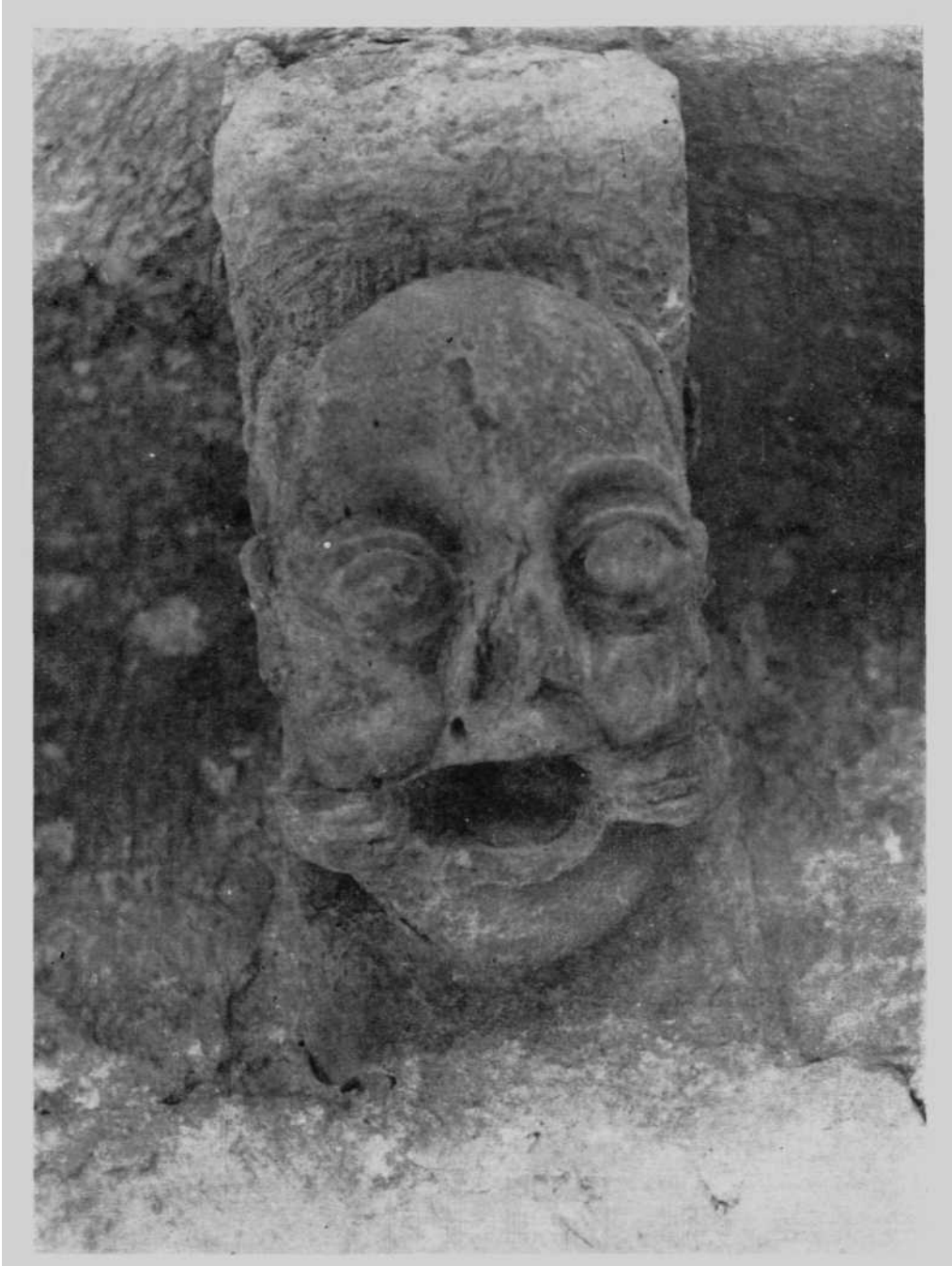


Fig. 18. «Los maldicientes, los falsos testigos, con sus propias uñas de cobre se desgarran el rostro» (ciclo segundo del Mirach). Cancillo de Artaz (Navarra).

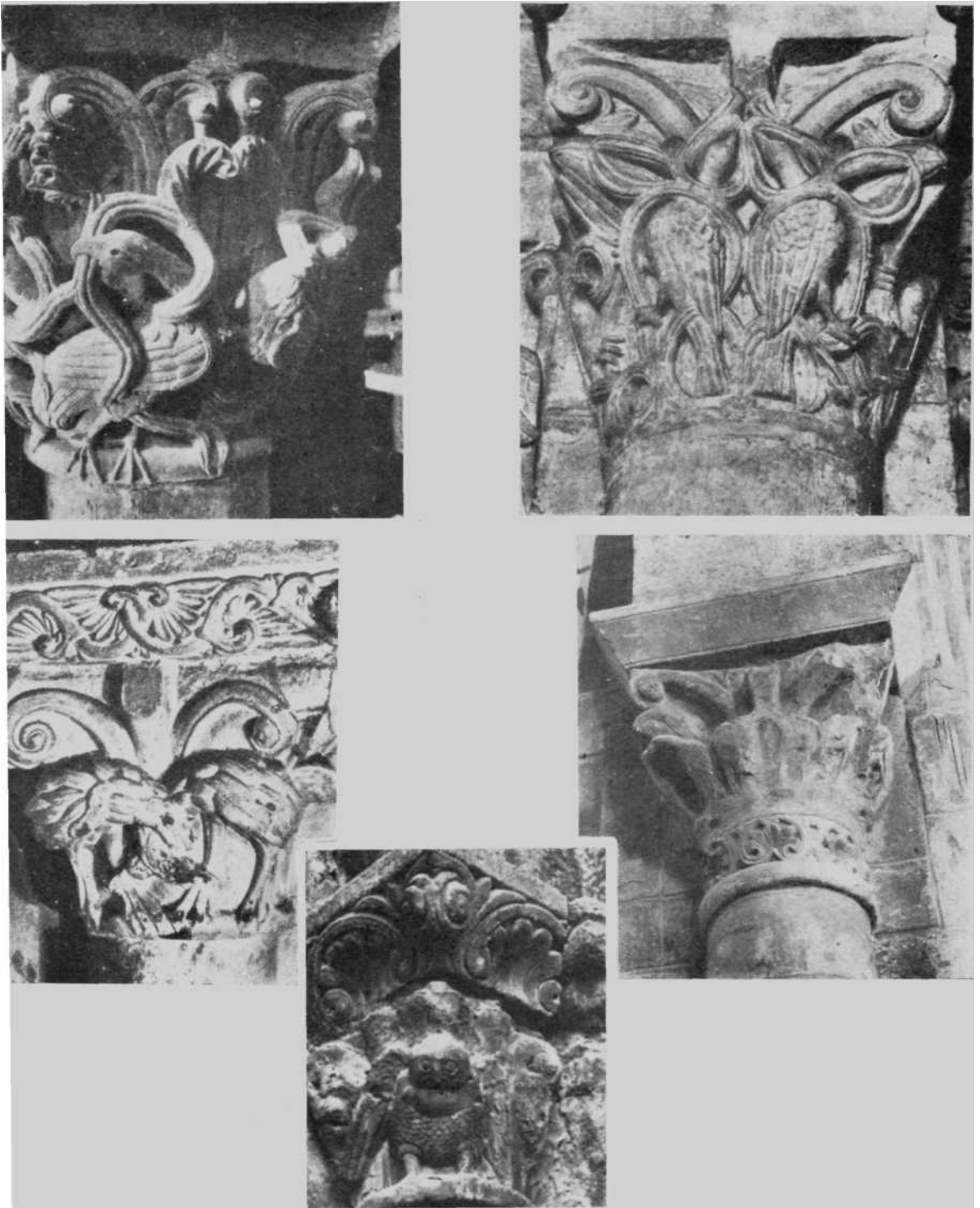
Foto Arch. I. E. Uranga





Figs 19 a 21. Bocas rasgadas y mujer metiendo las manos en la boca de un león (S. Isidoro, de León. Frnmistas, en la provincia de Palencia, y Compostela).





Figs. 22 y 23. Almas transformadas en pájaros, que tratan de romper las ligaduras del mundo; 25, rotas las ataduras, suben a lo alto (Avicena). Los dos primeros de S. Isidoro y el tercero de la catedral de Jaca.

24 y 25. Alms pájaros desesperadas, picando sus patas. Sos del Rey Católico (Zaragoza) y de las cuevas lóbregas. Catedral de Jaca



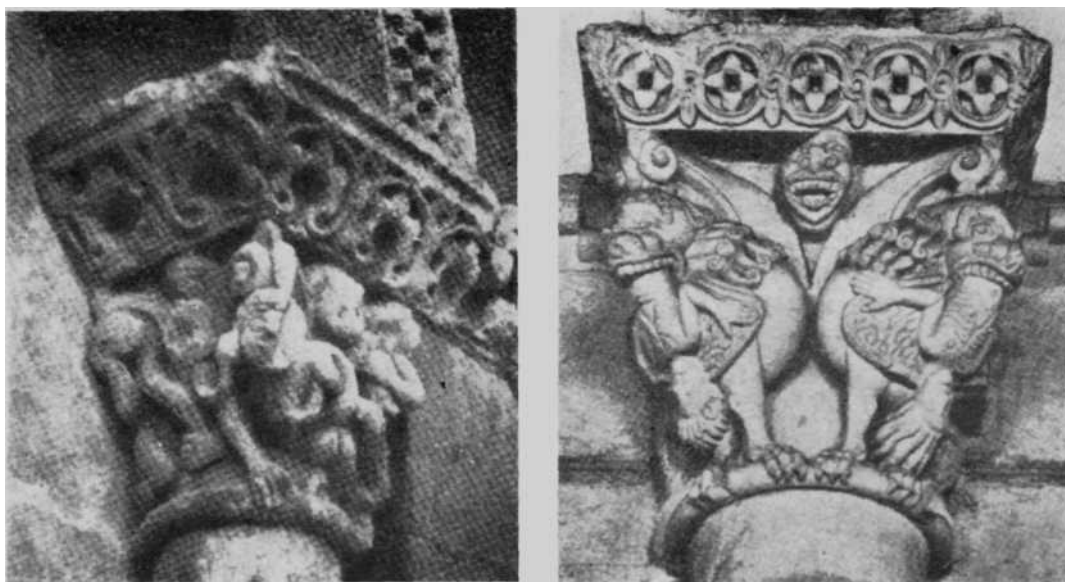




Fig. 27. Aves diabólicas, que atacan a dos iracundos en lucha sin fin. Artaiz (Navarra).

Foto Arch. J. E. Uranga





Figs. 31 y 32. Condenados en posturas diversas, tumbado y con la cabeza colgando del cuerpo invertido (Abenabas).

33. «Cogerán los demonios al condenado... y le romperán las costillas por mitad, plegándolo en arco, con los pies unidos a la cabeza» (Tadsquira).





Figs. 31. S. Isidoro, de León; 32, catedral de Jaca; 33, Sos del Rey Católico (Zaragoza) y 34, claustro de Jaca.

Almas en pena, como soñó ver a su padre Abudilaf Elichli, «desnudo, en cueros, acuchillado y con la cabeza sobre las rodillas», levantando ésta, pedía oraciones con lamentos temerosos.





Fig. 35. Serpientes y aves picando sus propias patas, Larumbe (Navarra).

Foto Arch. J. E. Uranga







Fig. 36. El juicio del alma: Dios y un ángel, con libros, puerta del infierno y «ángel de feísimo rostro, de mirada colérica y violenta, de aspecto terrible, de aspecto incandescente», guardián de la puerta del infierno (Yshac, hijo de Wáhab). Larumbe (Navarra).





Figs. 37. Bajada de Jesús al seno de Abraham, con la gran cabeza del monstruo infernal de los «hadices»; 38, monstruo hollando y devorando almas. Artaiç (Navarra)

Foto Arch. J. E. Uranga





Figs. 39. León, parejo del anterior y en la misma iglesia, que perdona las almas arrepentidas. Foto Arch. J. E. Uranga

40 y 41. Jardín ameno del limbo, con literatos «que pasean discutiendo sin pasión ni envidia» (Tabari en su Tafsir). Catedral de Jaca.

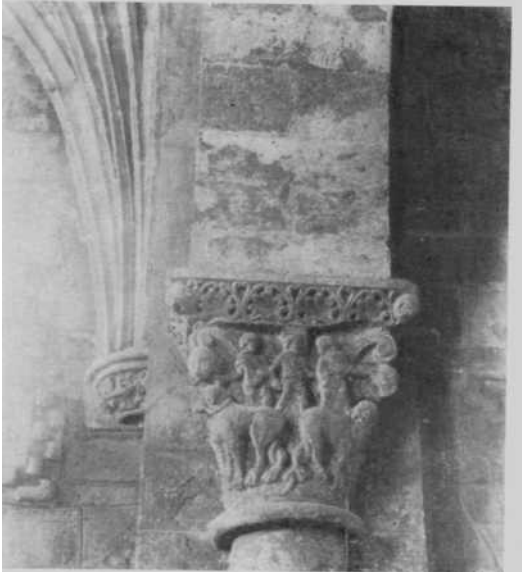




Figs. 42. Mujer feísima, que pretende distraer el alma, protegida por un ángel; 43, encuentro con el león y el lobo, guardianes del paraíso (catedral de Jaca), y 44, el león y el lobo, guardianes, en las ménsulas de S. Isidoro, de León (Xáquir de Orihuela).







Figs. 45. Purificación de las almas en los ríos del paraíso; 46 y 47. purificadas y vestidas, camino de la gloria, y 48, alma presentada por los ángeles ante Dios, para su entrada en el cielo (Xáquir de Orihuela), catedral de Jaca.



y de una de las páginas más brillantes de la Divina Comedia; «Lasciate ogni speranza, voi, chi entrate»<sup>7</sup>.

Otro relieve más, de Artaiz éste y del siglo XII (fig. 37), nos relata la bajada de Jesús al Seno de Abraham, clava su cruz en una cabeza inmundada y arranca las almas como puede y sabe, defendidas por terribles fieras guardianes; todo ello sobre una enorme cabezota (Chahánnam o Gehena de los «hadices»), que habría de permanecer como símbolo constante, devorador de almas a montones, en el dragón infernal.

Por fin otros dos, también de Artaiz, como trasunto final el tímpano de la puerta occidental de Jaca. Allí por suerte los letrados no dejan lugar a dudas y sitúan a ambos lados de un gran crismón, con inscripción que le da una interpretación trinitaria, dos leones con simbolismo. Aquí el uno devora hombres (fig. 38) y representa, cómo no, al infierno; el otro es Jesús, que perdona y protege al pecador que se arrepiente, como el león no hace daño a quienes ante él se postran, siguiendo las viejísimas consejas vistas en un principio: «Parcere sternerenti leo scit Xpristusque petenti», reza la inscripción de Jaca, sin dejarnos lugar a dudas. Llama de fuerte modo la atención cómo en un mismo lugar el león tan pronto es figura siniestra como el propio Jesús (fig. 39). En Jaca los dos representan a Jesús: el uno pisoteando el imperio del infierno y el otro perdonando al pecador arrepentido; aquí, ya muy lejos de la fuente, recuerdan el sentido y la forma creada, pero habían perdido un poco el espíritu exacto de la creación primera, tan sólo entrevisto en parte; y es curioso que así como en Jaca se introduce la escatología musulmana sólo en el basílisco y el endriago con boca de perro, orejas de cabra, patas de toro y cuerpo lanudo, que pisa el león, aquí encajan los «hadices» por el monstruo Chahánnam en forma de león, que nos confundiría si lo hubiésemos puesto al comienzo; ahora está bien claro, gracias también a las inscripciones de Jaca; sin ellas estaríamos perdidos.

Nos queda para final una de las fases más interesantes y sin otra posible fuente que los «hadices» musulmanes: se trata del Araf, o limbo y del purgatorio, representados en Jaca de modo incuestionable.

Para el limbo, Tabarí en su Tafsir nos lo pinta como un jardín ameno, poblado de infinitas gentes: los que dieron limosna y olvidaron la oración; los otros muertos en la guerra santa, pero que desobedecieron a sus padres, y así de corrido hasta los literatos, distinguidos en sus escritos y liberados por ello del infierno, que pasean discutiendo amigablemente, sin pasión ni envidia. La (fig. 40) que sola podría ser dudosa, se acompaña de otros capiteles que van desde el infierno al purgatorio y a su salida para el cielo; así queda completo el conjunto escatológico y las figuras por parejas discutiendo sin violencia, con un rollo los unos y asiendo de un libro los otros, tienen significación precisa, que se acentúa en otro de la portada de lo que fue sala capitular (fig. 41), con sus guardianes tantas veces vistos ya.

El Tránsito del purgatorio al paraíso queda relatado de manera insuperable por Xáquir de Orihuela. También éste pertenece al siglo XII, pero sus escritos son una explicación de Samarcandi (siglo X). En aquél trasunto del

<sup>7</sup> Canto tercero, verso nueve. Inútil recordar que Dante nació en el año 1265 y que su inmortal poema es muy posterior incluso al tardío capitel de Larumbe.

paraíso terrenal una mujer feísima (ya se dijo), imagen de los encantos caducos del mundo, pretende distraer al alma; es el comienzo de la purificación y el ángel encargado de llevar el alma la separa de la mujer (fig. 42), según hizo el Arcángel Gabriel con Mahoma (Tabarí). Sigue otro encuentro temeroso: los animales guardianes, león y lobo, inofensivos y con habla para los justos (Abulalá el Mahari). La (figura 43), de León ésta, se tomó por Daniel. No es posible; ni Daniel aparece jamás con libro (el libro del alma, tan importante por toda la escatología), ni los leones aparecen hablando con él, como en el capitel vemos; ni tampoco son leones ambos; como la talla es de las más primitivas puede dar lugar a dudas su tosquedad, pero uno tiene cabeza chata, de felino; el otro se acerca mucho más a un perro y su desemejanza es perfecta respecto del otro animal. Además en la misma iglesia están león y lobo soportando el tímpano de la puerta Sur del crucero (fig. 44), como guardianes, con el simbolismo tan frecuente desde un principio de la iglesia terrena trasunto de la celestial, que vio S. Juan.

Luego dos árboles frondosos, llenos de frutos y de aves canoras, de dulcísimo canto, son origen de cuatro ríos: dos invisibles, los otros tendiendo sus aguas por la llanura valen para las dos purificaciones finales de las almas; la primera inmersión en sus aguas suprime las llagas y la carne quemada, devolviendo la juventud a los cuerpos; la segunda tiene signo espiritual y borra los malos deseos, los restos de soberbia, ira, envidia... El alma está preparada para la gloria ya pronta. El capitel de Jaca de la (fig. 45) da la purificación en las aguas de una pareja. A sus lados sendas figurillas de niños alados, con flautas dobles, sustituyen los árboles, que serían de representación difícil. A la derecha un diablo y al otro costado un ángel acaban de fijar la representación. Por otra parte la redacción A del ciclo primero incluye dentro de este lugar unos hombres plácidamente dormidos, «que murieron dentro de la fe del Islam La prole de estos creyentes juega, allí cerca, en un jardín entre dos ríos.... No es por tanto tan violenta la colocación de los niños allí; lo que sí es curioso en ellos y llama la atención, son sus alicas, convenientes a su destino ultraterreno y su desnudez, propia, como quedó dicho, del clasicismo del maestro de Jaca. En Frómista existe la misma escena. Después los ángeles los visten y la pareja, desdoblada (figs. 46 y 47) va camino del cielo; él sobre guardianes amarrados y entre sus ángeles; ella, con los otros ángeles (uno por cierto con una cruz en la mano) y entre dos hojas, que cobijan almas dolientes en cucullas. En Santiago de Carrión se desarrolla toda la escena en los dos capiteles de la portada. La cara frontal del uno lleva el entierro en un gran sarcófago; la del costado tiene la figura sometida y atacada por toda clase de bicharracos, no pudiendo faltar las culebras, como es de rigor. El otro capitel lleva en el frente la purificación en el río, y al costado los ángeles vistiendo el alma.

Y puesto su traje de gloria, es presentada por los ángeles al Altísimo, en el último capitel incluido (fig. 48), que cierra la serie de temas escatológicos.

Hemos visto unos cuantos ejemplos, que prueban, una vez más, los abundantes influjos islámicos en la formación del románico. Fueron entresacados de un estudio más exacto publicado no hace mucho<sup>8</sup>, sin las agregaciones

<sup>8</sup> F. IÑIGUEZ ALMECH, *Capiteles del primer románico español inspirados en la escatología musulmana*. Bol. de la Asoc. Esp. de orientistas, Madrid, 1965.

navarras, de rigor hablando en Estella. Con ello intenté aclarar, incluso por un compromiso propio, las infinitas dudas que me asaltaron y no logré resolver, desde que pasó por mis manos la catedral de Jaca, por los años 1933-34. Desde luego no queda todo resuelto, ni mucho menos, aún en el grupo escatológico; pero lo creo paso inicial, que debe tenderse a otras representaciones más amplias que los simples capiteles y con inspiraciones orientales de otro tipo; por ejemplo a la figuración de la vida paradisiaca en forma de solemne recepción ofrecida por un señor feudal a sus cortesanos, compuesta de banquetes, conciertos y danzas, que tanto abundan y se muestran de idéntica manera por los escritos de Abenabás (siglo X). O también a la tremenda figura de mujer, mal cubierta por harapos y contemplando una calavera, del pórtico de las Platerías compostelanas, que tanto dio que discurrir a Weisbach, por rechazar la explicación del Códice Calixtino, redactado no muchos años después de que allí se instalara<sup>9</sup>.

El dato no es despreciable y dice así: «No debe olvidarse que junto a la tentación del Señor (en efecto en la misma puerta) se halla una mujer que tiene en las manos la cabeza hedionda del amante, que le fue cortada por su esposo; debe besarla dos veces al día, como su marido le ha ordenado...!. Pues bien, aparte de las leyendas moriscas, posteriores en mucho sin duda, tenemos ya en «Las Mil y una Noches», que Schlegel juzgó del siglo X y se van demostrando muy anteriores, el relato del príncipe, hijo del rey Scham, justo como Cosroes y generoso cual Hatim (con lo cual delata su remoto e indiscutible origen persa), a quien el rey de Babil muestra en visión terrorífica su bellísima esposa, obligada de continuo a contemplar la cabeza de su amante, cortada por el ofendido esposo. La igualdad no precisa de ponderación ninguna.

Como vemos el campo es vastísimo: que Dios nos anime a seguirlo.

FRANCISCO IÑIGUEZ ALMECH

<sup>9</sup> W. WEISBACH: Ob. cit. págs. 121-23.

